

Con solo (En ese instante da un bramido que estremece la gruta, el bosque atruena, y el eco que repiten las montañas por todo el horizonte se dispersa.)

—El hombre, dice la prudente madre, es animal de una mediana fuerza, que la suele aumentar el ejercicio, sin que á la tuya compararse pueda; mas con sagacidad, industria y maña todo lo rinde, todo lo sujeta: oprime el mar, se sirve de los vientos, arranca las entrañas á la tierra, y, lo que me horroriza al referirlo, el rayo ardiente á voluntad maneja.

Y así, evita encontrarlo; huye hijo mio; acelerado corre á tu caverna: es el hombre feroz con sus hermanos; ¿cómo no lo será con una fiera?

—¿Que yo me esconda? dice. He de buscarle, y en singular batalla, aquel que venza tendrá la primacia, no fundada en la opinión, fundada en la experiencia: sé que temeridad y cobardía son dos extremos que el valor detesta; mas se deben probar todos los medios de conseguir una gloriosa empresa.

—La ardiente juventud te precipita, le replica la madre; no es prudencia buscarse por sí mismo la desgracia, aunque es valor sufrirla cuando llega.

Entonces el león dice:—¿Haré alarde púese á mí de rendir la mansa oveja, que no pudiendo obscurecer mi gloria, de mis garras es victima indefensa?

Estoy determinado: no te canses en oponer á mi pasión violenta de la razón los débiles estorbos; ó me veas triunfante ó no me veas.

Dice, y al punto presuroso parte cuando la noche á descender empieza el manto obscuro, que hace majestuoso el pálido esplendor de las estrellas.

Sin rumbo fijo, sin torcer el paso, por el tupido bosque se abre senda, insensible á las puntas de las zarzas, que le hacen obstinada resistencia.

Salte por fin al anchuroso campo, y en el un animal se le presenta que á los plateados visos de la luna, con atención, más sin temor, observa.

—Robusta es la cerviz, diz, y en la frente tiene con sus adornos la defensa. ¡Qué nerviosos los pies! ¡Qué forcejadas deben ser esas manos corpulentas!

¡Con cuánta impavidez, qué satisfecho yace, creyendo que ninguno pueda tener atrevimiento de inquietarle, disputando con él la preeminencia!

Entretanto, distraído tremolaba la grande cola, que en las hojas secas caídas de los árboles vecinos, formaba extraño ruido, que amedrenta al fatigado buey que descansaba, para tomar de nuevo su tarea.

Perezoso se apoya en una mano, la otra después con lentitud asienta, é impeliéndose al punto se levanta, dejando ver cuál es su corpulencia.

Retirarse el león, es cobardía; hacerle frente, peligrosa empresa: cualquier extremo tiene precipicio; mas después de un momento, delibera que es preferible una gloriosa muerte á una vida comprada con bajezas.

Así determinado, se adelanta excusando camino al que sospecha ser el hombre á quien busca furibundo, y horrible y denodado se presenta.

—¿Tú eres, le dice, el hombre que presume ser solo soberano de la tierra, creyendo que su rango y primacia todo animal, temblando reverencia?

—No, responde, ¡ay de mí! no soy el hombre; soy de los infelices que sujeta, á quien por los más útiles servicios da la más dura y vil correspondencia.

Al punto que naci, mandó á mi madre que mi alimento natura partiera entre él y yo, y sólo á ciertas horas tomaba hambriento la ordeñada teta.

Después impuso á mi cerviz el yugo, aun antes de cumplir tres primaveras, para hacerme arrastrar enorme carga; y si el peso y el sol me desalientan, en lugar de apiadarse, enfurecido, con su aguijón me hiere sin clemencia.

Si en las sutiles cañas las espigas, agitadas del aura, balancean, yo he preparado el delicioso cuadro, abriendo surcos en la dura tierra,